

INFORME PARA LA CAUSA DE BEATIFICACIÓN DE SOR PATROCINIO

Continúan las gestiones para la causa de beatificación de Sor Patrocinio. Gracias a Dios, últimamente parece que están dando buenos frutos. Pedimos oraciones y también reproducimos uno de los informes que ha pedido Roma para que un favor de la Venerable Madre, que siempre intercede por sus devotos, pueda ser declarado como milagro.

«Informe familiar sobre la petición de intercesión a Sor Patrocinio para el restablecimiento de nuestra madre.

En nombre de mis hermanos, mi mujer y mis cuñadas, yo, Jacinto Forment, el hijo mayor de Helena Costa Carrera, redacto este informe sobre los días de angustia que vivimos tras la fallida operación de corazón de mi madre, y la esperanza que pusimos, por intercesión de Sor Patrocinio, en una recuperación en la que ningún miembro del equipo médico de la clínica donde estuvo ella más de dos meses confiaba.

Recuerdo que el día de la operación, fui con mi mujer a la clínica antes de ir a trabajar. No obstante, cuando llegamos a la habitación donde había estado ingresada mi madre desde el día anterior, hacía ya unos minutos que la habían trasladado a quirófano para prepararla para la operación. Yo me fui a trabajar, y mi mujer se quedó haciendo compañía a mi padre durante la mañana. Al mediodía regresé de nuevo a la clínica para comer con ellos. La operación había empezado hacia las nueve de la mañana, y se suponía que a las tres ya debía haber acabado, pero a las cuatro seguía en quirófano y nadie nos decía nada, aunque tampoco sospechábamos que hubiera habido algo anormal. Por eso, volví de nuevo al trabajo, y a media tarde recibí una llamada de mi padre, que sin querer alarmarme, me informó que había habido complicaciones en la operación. En pocos minutos me presenté en la clínica con mi mujer y mi hijo Miguel. Al cabo de un rato, estábamos reunidos con mi padre en la sala de espera de la UCI de la clínica de la Sagrada Familia, mi hermano Eudaldo, mi hermano José María y su, por entonces, futura mujer, ya que recién empezaban su relación de noviazgo. No eran todavía horas de sufrimiento como las que pasamos tras saber la noticia de la doble operación a la que había habido de someterse, pero la incertidumbre y la larga espera aumentaban por momentos nuestra angustia.

Nuestro padre estaba bastante tranquilo, y nos repetía a cada momento, que mi madre había entrado con unas reliquias de Sor Patrocinio, por lo que debía estar bien cuidada. Tanto mi padre como mi madre habían leído hacía unas semanas el libro *Sor Patrocinio*, escrito por una de sus hijas, Sor María Isabel de Jesús, y editado ese mismo año por la editorial *Homolegens*. A los dos les había impactado su lectura, y habían sintonizado tanto con su persona, que recibieron como una gracia del cielo las reliquias que les ofrecieron las hermanas concepcionistas de Guadalajara por medio de un amigo común, Raúl Sandoval. Nosotros no conocíamos la vida de Sor Patrocinio, pero durante esas horas de espera, en las que mi padre dejó en una de las sillas de la sala de espera varias estampas de ella y de la Virgen del Olvido, además del libro, creció como de repente nuestro interés por ella, y sentimos que nos debíamos encomendar a su intercesión para que cuidara de mi madre en esas horas de trance.

Yo recuerdo tomar el libro y empezar a leerlo mientras esperábamos. Intercalaba la lectura con miradas furtivas a su imagen, en las que interiormente rezaba una pequeña oración. Al fin nos llamó el médico y nos explicó que tras haberla operado del corazón, mi madre sufrió una parada cardíaca, que les había obligado a abrir su cuerpo de nuevo para hacerle un by-pass en el corazón y sustituir la válvula que le habían colocado previamente. El problema era que había permanecido demasiado tiempo con el corazón parado, y temían que su cerebro, al quedarse sin oxígeno, hubiera sufrido un proceso de deterioro irreversible. Había quedado en estado de coma, aunque de momento no lo sabíamos, porque según nos dijeron, estaba sedada. Salimos del despacho del médico con una sensación extraña: por una parte, algo aliviados, porque al ver su rostro al empezar a darnos la noticia, creíamos que había fallecido, pero también, por otra parte, muy preocupados por cómo iba a responder en las siguientes horas, que según el médico, eran claves, para predecir su posterior evolución. Fuimos a la capilla a rezar; mi padre dirigía la oración, y cómo no, pedimos ya todos a Sor Patrocinio que intercediera por la recuperación de mi madre.

Creo que tardamos unos días en ser plenamente conscientes que el problema de su recuperación iban a ser los *ictus* que había sufrido su cerebro; según entendimos por las pruebas que le hicieron en los días posteriores, la mayor parte de las células cerebrales estaban muertas, y tan solo había una muy pequeña actividad cerebral en la zona de la corteza. Pero por lo que temíamos los primeros días era por su corazón. Nos daba miedo que en cualquier momento volviera a fallar. Y, en realidad, el corazón estaba funcionando bien.

Durante los primeros días recibimos muchas visitas en la sala de espera de la UCI, que es donde pasábamos prácticamente todo el día, ya que no nos permitían entrar en la UCI más que unas dos o tres horas al día, y de uno en uno. Mi padre repartía estampas de Sor Patrocinio y de la Virgen del Olvido a todos los que venían a la clínica a interesarse por el estado de mi madre, y les mandaba a la capilla a rezar. Recuerdo que insistía en que lo hicieran por intercesión de Sor Patrocinio.

El mayor consuelo que encontraba mi padre lo hallaba en las monjas de Guadalajara, con las que estaba en permanente contacto, y las cuales, habían asegurado que Sor Patrocinio y la Virgen del Olvido no iban olvidarse de esta familia, y que mi madre estaría en Guadalajara con ellas celebrando la festividad de Sor Patrocinio el 27 de abril.

Esas palabras nos reconfortaron mucho a todos, y mantuvieron nuestra esperanza muy por encima de nuestras posibilidades humanas, ya que la situación empeoró durante los siguientes días hasta límites insospechados. La posibilidad que mi madre finalmente falleciera era muy real y muy cercana, pero aún así, la confianza en la Virgen y en la intercesión de Sor Patrocinio se interponía ante la muerte como un muro infranqueable que impedía que desesperáramos.

Cuando los médicos retiraron por completo la sedación se mostraron muy preocupados al comprobar que no reaccionaba, lo que confirmaba sus sospechas sobre el daño cerebral irreversible. Solo se mantenía con vida por respiración artificial, y nos llegaron a plantear si queríamos que se le desconectase de la máquina, ya que probablemente no iba a mejorar desde ese estado. Mi padre, ante tal insinuación, pidió a los médicos que hicieran todo lo posible por ayudarla, pero que aunque quedase en ese estado no iba a permitir que la abandonasen. Las palabras de los médicos eran muy duras, pero la fe que habíamos puesto en la intercesión de Sor Patrocinio era tal que nos protegía como una coraza. Cada mañana teníamos dos informes: el de los médicos, que cada vez era más negativo, y el de las monjas, que cada vez estaban más seguras que mi madre se iba a recuperar. Aún así, las monjas nos anunciaron que antes de la recuperación íbamos a pasar por una prueba muy dura. Lo expresaron más o menos como si Dios nos fuera a hundir hasta el fondo para luego rescatarnos del dolor y elevarnos muy por encima de nuestras esperanzas. Por eso, llegamos a pensar que cuanto más difícil lo vieran los médicos, más bien haría a todos los que estaban rezando cuando vieran su recuperación. Y es que estábamos muy seguros, aún en medio del constante sufrimiento y angustia, que al final mi madre se despertaría.

Pero, tal como habían profetizado las monjas, aún no habíamos tocado fondo. Al cabo de pocos días, una infección muy peligrosa, que calificaron de septicemia, dejó a mi madre al borde de la muerte. Los médicos intentaron reanimarla con “bombas” de antibiótico, pero cada día que pasaba recibíamos peores noticias. Se le fueron paralizando diversos órganos: el hígado, el estómago, los riñones... Es algo conocido como fallo multiorgánico, y según el médico jefe de la UCI, nadie sobrevive a un fallo de más de tres órganos. Creo que mi madre llegó a tener cuatro órganos parados. Los riñones, de hecho, los tenía en estado de necrosis, es decir, muertos e irrecuperables. Tuvieron que hacerle la diálisis continua, y además, uno de esos días, la sangre se le espesó más de la cuenta y la máquina que le hacía la diálisis dejó de funcionar. Parecía que el demonio se había propuesto que todo se volviera en nuestra contra para que mi madre abandonara este mundo. Durante esos días no dejamos de rezar, siempre pidiendo a la Virgen por intercesión de Sor Patrocinio la recuperación de mi madre, y pidiendo a todos los que venían a consolarnos, que también ellos rezaran a Sor Patrocinio. Recuerdo que yo aproveché un momento para ir a comprar dos libros de Sor Patrocinio, uno para leerlo yo, pues quería saber la vida entera de quien a tanto rezábamos, y otro para mi cuñada Ruth, hermana de mi mujer y religiosa de Pureza de María, para que también ella y toda su orden nos acompañaran en la oración a Sor Patrocinio.

Los primeros días de enero fueron muy parecidos: mi madre no mejoraba, pero tampoco se moría, a pesar de que los médicos creían que su muerte iba a llegar de un momento a otro. Tras las vacaciones de Navidad se redujeron las visitas de familiares y amigos, pero nosotros pasamos muchas horas en la sala de espera, con nuestro pequeño “altar” montado en una silla, con una imagen de resina de la Virgen del Olvido y varias estampas de Sor Patrocinio. Y poco a poco, los órganos que habían fallado, reemprendieron su actividad, mi madre empezó a hacer pequeños movimientos con la mano, que no sabíamos si eran voluntarios o involuntarios, a entreabrir los ojos...

Un día, creo que a finales de enero, o tal vez a principios de febrero, cuando entré en la UCI para verla, me la encontré sentada en una silla. Fue un paso de gigante. Otro día dio un paso sostenida por dos enfermeros... Para entonces, ya estábamos seguros que el milagro se había producido y que mi madre acabaría recuperándose por completo.

El último fin de semana de abril, tal como habían predicho las monjas, nos reunimos toda la familia, mi madre incluida y andando por su propio pie,

en Guadalajara, para dar las gracias a la Virgen del Olvido y a Sor Patrocinio, en el monasterio de la Plaza del Carmen.

13 de Mayo de 2012

Jacinto Forment»